

VICENTE
Y EL MISTERIO DEL ESCRITOR INFORMAL

SARA SÁNCHEZ BUENDÍA



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez

© Sara Sánchez Buendía, 2009
© Ediciones SM, 2009
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23 - Fax: 902 24 12 22
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-3397-2

Depósito legal:

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gohegraf Industrias Gráficas, SL - 28977 Casarrubuelos (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

ME LLAMO ESTRELLA VICENTE. Tengo 16 años.

La noche del 20 de marzo estaba yo en La Charanga (ese tugurio infecto), como cualquier noche de martes, deseando que llegase la hora de cerrar, secando copas y fregando platos y, a ratos, mirando la tele que cuelga en alto en una esquina, en la que retransmitían un partido de la Champions: Chelsea - Bayern de Munich (yo iba con el Bayern). Tengo que decir que el fútbol es una de las cosas que más me gustan e interesan en esta vida, y que yo misma juego de portera. Soy la mejor de mi clase, y me atrevería a afirmar que de todo el instituto, contando chicos y chicas, aunque esté mal que yo lo diga. Pero es así. Soy la única chica que conozco que realmente es buena portera. No es que esté especialmente orgullosa de ello, pero es una de las pocas cosas (tal vez la única) en que destaco. Quizá mi estatura (1,78, que no está mal para 16 años) y mi peso (que no voy a apuntar aquí) ayudan a que yo sirva para la portería. En esto, como en tantas otras cosas, mi vida se distingue de lo que la gente cree que es la vida de una adolescente de 16 años. Porque ¿quién inventa esas series de la tele en las que solo salen chicos y chicas ingeniosos, que se mueven como salidos de una academia de

baile, cuyo mayor problema es elegir qué ropa ponerse o a qué concierto ir el fin de semana, y que se echan a llorar por cualquier estupidez? Por no hablar de sus padres, que son gente que lee y que sabe inglés; o de sus profesores, que suelen ser los perfectos colegas.

Por mi parte, yo siempre voy en chándal, que es lo mejor, y a veces me pongo una camiseta en la que se lee «The Ramones» y que es mi preferida (una que una vez se dejó un inglés que por error entró en La Charanga y, estando allí, abusó de la sangría y acabó haciendo un *streptase*). Jamás, que yo recuerde, he ido a un concierto. Y, por supuesto, yo nunca lloro por tonterías. De hecho, yo *nunca* lloro. Básicamente, porque no se me ocurre; pero, si alguna vez sintiese ganas, creo que se me pasarían enseñada, porque sé que es una pérdida de tiempo.

Pero estoy yendo demasiado deprisa... Además de ser alta y digamos que inusualmente fortachona, soy morena y de pocas palabras. Mi padre, Damián Vicente, decía que yo tenía buen corazón, pero no sé si cuenta, porque creo que era un hombre más bien soñador y, además, dejé de verlo cuando yo tenía ocho años. A mi madre no la recuerdo, pues murió cuando yo era aún un bebé. Entonces mi padre (que era marino mercante) conoció a Fanny y se casó con ella (aunque solo Dios sabe por qué lo haría, ya que me cuesta creer que se enamorase de esa mujer).

No recuerdo a qué edad exactamente empecé a pensar que Fanny era una bruja, pero puedo decir de ella que es rubia (teñida), que habla a gritos (pero no porque esté enfadada, sino porque es su forma natural de comunicarse) y que se ríe aún más escandalosamente (normalmente, sin venir a cuento). Fanny tiene en Nelson a su mejor interlo-

cutor. También él es un ser elemental y chillón. En sus conversaciones con Fanny, él se limita a apuntar una única frase que repite monótonamente hasta la exasperación: «Buona sera». Su relación es perfecta. El hecho de que Nelson sea un loro (un loro verde que yo odio y que creo que también me odia) no enturbia para nada su pasmosa penetración mental.

Desde que mi padre, Damián Vicente, embarcó un día en un carguero para no volver más, yo he vivido con Fanny, y me consta que ella recibe un dinero (que se llama «subsidio») de la Seguridad Social cada mes por haberse hecho cargo de mí. A lo mejor es por eso por lo que me cuesta creer que si me da de comer cada día se debe solo a que, a pesar de todo, yo soy para ella la hija que nunca ha tenido, tal como le gusta decir a las vecinas.

Muy poco tiempo después de que mi padre desapareciese para siempre (lo cierto es que después de un tiempo asombrosamente breve), Fanny se fue a vivir con Popeye, el dueño de La Charanga, y yo con ellos. Creo que todo el mundo llama así a Popeye porque es calvo como una bola de billar, aunque también puede que sea porque tiene un tatuaje en el brazo izquierdo en el que se lee eso: «Popeye». Es un hombre tranquilo, y en su favor diré que también a él le gusta el fútbol. Eso, unido al hecho de que, como yo, es una persona de pocas palabras (aunque en su caso se debe a que posee un vocabulario francamente escaso), hacen que yo tenga con él mucho más en común que con Fanny.

Salvo en ciertos momentos en que Fanny y Popeye se muestran cariñosos el uno con el otro (dedicándose un cariño de corte más bien pegajoso que prefiero no comen-

tar), en general, sus motivos de discusión son variados, siendo la afición de Popeye a las partidas de póquer el que se lleva la palma. Creo que en esto Fanny se muestra demasiado blanda cuando, por toda queja, dice que si Popeye ganase «con que solo fuese una maldita vez», la cosa sería distinta. Por suerte para todos, mientras dure el mal fario de Popeye con las cartas y La Charanga siga pasando por horas bajas, la pareja puede contar al menos con mi subsidio. Bueno, resumiendo, Popeye y Fanny (¿y Nelson?) son lo que podríamos llamar mi familia (aunque, por supuesto, aplicado a nosotros, este término es muy optimista, y los tres lo sabemos), y La Charanga (ese bar que incumple todas las normas de seguridad e higiene y encima del cual hay un piso de 60 metros cuadrados) es nuestro hogar (graciosa palabra).

El nuestro es uno de los barrios de Barcelona que dan al mar, y es un barrio extraño. Aunque en realidad yo no me había dado cuenta hasta hace poco. Es como si en él hubiese aterrizado gente de planetas diferentes. Por un lado, están las diez o doce calles por las que yo me muevo. Son calles estrechas y no muy limpias, que incluso a veces huelen mal, con casas viejas y pequeñas, pero alegres. La gente tiende la ropa en las ventanas y pone la radio a todo volumen. Al final de una de esas callejas está La Charanga, adonde acude diariamente una clientela más bien de poco gastar, pero incondicional, formada básicamente por estibadores jubilados, la peluquera de la esquina (amiga de Fanny), algunos taxistas del barrio, algún carterista y taciturnos borrachines de todo tipo. En otra de esas calles está mi instituto, que es como el infierno en la tierra; aunque es un infierno que yo conozco bien, lo que de algún modo lo convierte en un infierno soportable.

Sin embargo, como nuestro barrio está tan cerca del mar, hay un par de calles más anchas y un paseo marítimo por el que cada día desfilan interminables ejércitos de guiris. En esas calles hay montones de restaurantes que ofrecen paella y sangría a un precio que ningún cliente de La Charanga estaría dispuesto a pagar ni por el mejor marisco.

Por otro lado, todo el barrio se ha dado cuenta de que, desde hace dos o tres años, está llegando gente de todas partes de la ciudad a instalarse aquí. Sus casas se distinguen porque nunca hay ropa tendida en las ventanas que dan a la calle. Además, los nuevos vecinos se reconocen porque pasean a unos perros que parecen de anuncio, muy distintos de los perros enanos que acostumbran a pasear las abuelas autóctonas (cualquier abuela que se precie tiene aquí un perro gordito, con malas pulgas y que, nunca he sabido por qué, camina como de lado). Finalmente, sabemos que los nuevos habitantes creen que viven en *lofts*, y no en pisos como nosotros.

Así que, como decía antes, es como si poco a poco este barrio se hubiese convertido en una especie de puerta cósmica en la que confluyen dos mundos paralelos, cuyos habitantes comparten un espacio-tiempo idéntico, ya que pisan el mismo suelo y respiran el mismo aire, pero (y esto es lo extraño) siempre sin tocarse y quién sabe si, en el fondo, sin verse. En La Charanga, este movimiento de gente es tema cotidiano de discusión. Como siempre, hay opiniones para todo. Algunos piensan que el barrio simplemente se está poniendo de moda, que ya le tocaba, y que eso es bueno porque el dinero de los extranjeros y los ricos tarde o temprano va a llegar a nuestras manos y, entonces, como por arte de magia, nosotros nos volveremos

guapos y felices como ellos, y podremos ir de vacaciones y de compras y, en una palabra, dará gusto vernos. Pero la mayoría de los clientes del bar de Popeye se muestran escépticos con los cambios. Dicen que el caso es no dejar vivir en paz a la gente humilde y que van a acabar por echarnos de nuestra propia casa.

Si no recuerdo mal, de esto es de lo que se hablaba aquel martes 20 de marzo en La Charanga, a eso de las diez de la noche, cuando el Bayern marcó el 3 a 2 que le dio la victoria. Por un momento, todos miramos la pantalla para no perdernos la repetición del gol. Después, cada uno volvió a lo suyo. Yo pensé que el portero del Chelsea había estado francamente flojo, y los demás retomaron sus conversaciones.

—Pues ya ves, no hace ni un mes que metieron a la Felipa en esa residencia y los hijos ya han vendido su casa a una inmobiliaria... Ya tenemos otro «*loft* en venta» en menos que canta un gallo —dijo el Rafa, el del estanco, apoyado en la barra.

Popeye asintió en silencio detrás de la barra. Entonces Braulio, un taxista retirado, apuró su caña, suspiró y soltó su frase. Es una frase que dice siempre, sin importar mucho de qué se esté hablando, como para dar por terminado el asunto:

—No somos nadie...

Como a mí siempre me ha puesto nerviosa ese final, que al parecer lo mismo pega en una conversación sobre el tiempo que sobre una operación de apendicitis, iba a pedirle a Braulio que, por una vez, explicase *exactamente* qué quería decir con eso. Pero en ese momento sonó el móvil de Popeye. Este contestó, escuchó unos segundos y, sin mediar palabra, volvió a colgar.

–*E'trella* –me dijo–, que *di* la Fanny que comas algo y que subas, *ques* tarde y *mañá ties* cole.

Yo fui a recoger mi mochila y unos dónuts, que estaban un poco secos porque llevaban ahí desde la mañana, y arrastré los pies hasta la escalera que conduce al piso de arriba.

Vale. Me doy cuenta de que hasta aquí puede pensarse que esta historia no tiene mucho interés. De hecho, como puede verse, el 20 de marzo no había ocurrido nada extraordinario. Al contrario, no había hecho más que transcurrir un día cualquiera, una insulsa noche corriente y moliente en La Charanga, con toda su soporífera realidad. Lo admito, tal vez habría bastado con escribir:

20 de marzo, martes. Tercer gol del Bayern a las 22:18 h. Le vale la clasificación para los cuartos de final.

22:25 h. Braulio se repite, crípticamente, una vez más.

El resto, sin novedad.

O tal vez habría sido suficiente con reseñar:

Martes, 20 de marzo. Nada.

Sin embargo, mientras subía los primeros peldaños hacia casa, me volví un momento para mirar el patético espectáculo de aquel lugar más bien oscuro y sin ventilación, y sentí algo parecido a un presentimiento. Fue, no sé muy bien cómo explicarlo, como si por primera vez aquel ambiente pesado y familiar de La Charanga, lleno de las fra-

ses entrecortadas de los clientes y de las cancioncillas chillonas de las máquinas tragaperras, no llegase a tocarme porque yo estuviese en otra parte, muy lejos de allí. Como si una voz desconocida me susurrase que había llegado mi momento («Estrella, ha llegado tu momento») y, aunque yo no supiese qué quería decir eso, tuviese la certeza de que afuera, en la ciudad bañada por el mar y los ríos de tráfico y las toneladas de basura que generábamos, en la ciudad que nos rodeaba y engullía y enterraba sin que nos diésemos mucha cuenta, todos se hubiesen vuelto locos, y solo yo estuviese llamada a salvarme...

O, para ser exactos, yo y tal vez Fedé.